

RECUERDOS DE UN PROCER (1)

Desde fines de Marzo ó principios de Abril del presente, éramos, en Bogotá, tres cartageneros, amigos, candidatos para el sepulcro.

El General José de Dios Ucrós que, aunque nació en Santamarta, se consideró siempre cartagenero, como lo fueron sus padres y hermanos; el Dr. José Araújo y el que suscribe las presentes líneas.

El General Ucrós sufría siempre del pecho; cada vez que soplaban con fuerza los vientos fríos y húmedos del páramo de Cruzverde, tan penetrantes principalmente en los meses de Junio, Julio y Agosto, era seguro que le daba catarro y se le afectaban los bronquios. Acostumbrado desde su juventud á vivir como militar en campaña, difícilmente lograba su familia que guardase la cama ó se quedase recogido en su casa. Suponía ya una diligencia que practicar fuera de ella, ya un compromiso, algún pretexto para salir. ¡ Cuántas veces era sólo por ver á su querido amigo Agustín, que le hablaba casi siempre de los gloriosos tiempos de la Independencia, de la emigración, donde los patriotas que defendían á Cartagena hasta el último momento el año de 15, y al fin tuvieron que abandonar la Plaza, se vieron reunidos con Bolívar en *Los Cayos* de Haití en 1816! Gustaba Ucrós oír de boca de su amigo las relaciones de sus viajes, se hacían mutuas confianzas, los recuerdos de la juventud, los de su Escuela náutica, los de la escuadra colombiana al mando de Tono, Beluche, Barbará, Boyssen, José Antonio Padilla y otros varios, de Montilla y Padilla; y aquellos héroes que ambos conocieron, lo electrizaban; era ya para Ucrós una necesidad imprescindible ver á su amigo todos los días, conversar con él sin jamás fastidiarse. En Bogotá era raro ver por las

(1) Extracto de un manuscrito de la Biblioteca Nacional.

calles al uno sin el otro, tal era la estrecha amistad que los ligaba desde sus primeros años.

Dos cosas fueron de notar en el curso de esta larga amistad. Ucrós era conservador, y su amigo liberal. En tantas ocasiones en que la política se mezclaba en sus conversaciones, ni una sola vez causaron enojo al uno ó al otro las palabras, las opiniones libremente expresadas; las diferencias llegaron jamás á ser disputas, aun en la mayor efervescencia de los partidos; en el acaloramiento con que se sostenían los principios, ó la defensa del respectivo bando, jamás se atravesó una palabra, una alusión siquiera ofensiva ó mortificante. ¿Cómo pudieron sobrellevarse estos dos amigos situados en tan distintos, tan contrarios campos? Fácil es explicarlo: la benevolencia, la tolerancia, el respeto al derecho individual eran recíprocos; bastaban estos sentimientos, estas consideraciones para hacer fácil, dulce y agradable el trato social entre dos personas que se veían de continuo. ¿Por qué son los partidos en Colombia, y generalmente en la América española, tan apasionados, tan enconados, tan violentos, tan rencorosos y vengativos? ¿Por qué? Por falta de benevolencia, de tolerancia, de respeto al derecho ajeno. Falta de educación, dirán unos; falta de virtudes cristianas, falta de enseñanza religiosa, afirmarán otros. Sobre estos puntos pudiera disertarse largamente.

Ucrós y su amigo, nacidos en 1811, eran de una misma edad, con diferencia de unos pocos meses que hacían mayor al primero. Había entre ellos perfecta conformidad de gustos y de inclinaciones, y de aquí provenía, y este es el otro hecho, que cuando el uno notaba en el semblante, en el silencio ó en el humor del otro que sufría alguna contrariedad, al momento trataba de distraer el ánimo del amigo contrariado. No tenía yo sino hablar del combate naval de 1827 en el Cabo de la Vela, entre la goleta de guerra colombiana *General Manrique*, al mando de su Comandante José Antonio Padilla, en la cual servía Ucrós como Guardia-marina, contra el bergantín de guerra español *Cometa*,

con 20 y tantos cañones de grueso calibre y una fuerte dotación de infantería de marina, cuando se tornaba aquel ceño grave y serio en plácido y alegre semblante: parecíale ver el *Cometa* desarbolado, refugiándose en Bahiahonda de la Goajira para ocultar su derrota y reponerse de sus graves averías. Este hecho de armas, que fue el estreno del joven marino, lo tuvo en cuenta el legislador colombiano en el Código Militar, para extender la época de la guerra magna hasta 1827 en el servicio de la marina; por lo que fue comprendido el General Ucrós en el número de los militares de la Independencia y pensionado del Tesoro nacional con goce del sueldo íntegro de su último empleo.

Este mágico cambio de humor se producía en mayor grado cada vez que yo le recordaba á Ucrós una proeza de su juventud que solía yo calificar de acción distinguida, no de valor, sino de audaz calaverada de la juventud. Daba el comercio de Cartagena un baile en obsequio del Libertador, cuando en 1827 regresó de Caracas de su entrevista con el General Páez para someterlo pacíficamente á la obediencia de la Constitución y del Congreso contra los cuales se había pronunciado dicho Jefe. Para ese baile se adornó espléndidamente todo el alto del edificio de la Aduana, ocupado entonces por el General José Ucrós y su familia, y también se adornó la parte de la muralla que correspondió á esas piezas, convertidas todas en grandes y magníficos salones.

El Libertador concurrió y al entrar se quitó la riquísima espada que le regaló el Congreso del Perú en 1826 y la confió á la guarda de la señora de la casa. Notóse que mientras todas las parejas salieron á bailar el primer valse, el Libertador se había quedado sentado, conversando con la Sra. D.^a Teresa Díaz Granados, esposa de D. Narciso de Francisco Martín. Era D.^a Teresa una de las más hermosas y elegantes damas de Cartagena, joven notabilísima por su hermosura, su gusto en el vestir, y más que todo el donaire de su talle, realizado con los movimientos cadenciosos

sos que sabía darle en el baile. Era natural pensar que D.^a Teresa sería en aquel momento la pareja que se reservara el Libertador para bailar con ella el valse. ¡Cuál sería la sorpresa del Libertador al ver á un joven marino acercarse á D.^a Teresa, y sin cumplimiento alguno hacia tan encumbrado Jefe, invitarla para el valse! El Libertador, revestido de la mayor prudencia y con suma afabilidad, toma de la mano al joven, lo conduce á una pieza donde estaban varias señoras y señoritas adornándose para entrar á la sala, y suplica á una de las más bellas que acepte al marino de compañero para el mismo valse; acepta la pareja, que era la hija de D. Lázaro Herrera (llamada la China). El que esto escribe cree estar viendo á D.^a Teresa bailando con el Libertador, pues estuvo de espectador en el baile con su familia,

La impavidez del guardia-marina en todas estas evoluciones del Libertador no podía ser más admirable. Por fortuna, para él no se trascendió el suceso y se libró de una justa reprimenda.

No fue esto todo; concluido el baile, el Libertador se retiró con su séquito, y se descuidó de solicitar su espada. Al siguiente día, la esposa del General Ucrós, deseosa de devolver el precioso depósito, llamó á su hijo Pepe, el guardia-marina, le entregó la espada con encargo de ponerla en manos de su dueño. Al recibirla, preguntó el Libertador al joven con tono algo severo: ¿quién es usted? Soy José de Dios Ucrós, servidor de V. E., contestó. Creyó entonces que iba á ser castigado, ó por lo menos, á ser reprendido acremente, pues ya tenía conciencia de su audacia anterior.

Volvió el Libertador á preguntarle ¿qué colocación tiene usted en la marina?

—Soy guardia-marina y sirvo en el buque tál.

—¿Es usted entonces el que anoche quiso privarme de mi pareja?

—Señor..... señor..... no sabía yo que fuera pareja de V. E., balbuceó Ucrós.

—Está bien. ¡Revenga! Llamó al punto el Libertador á su Secretario, y le dijo: “Haga usted extender á este joven el despacho de Alférez de fragata,” lo que se cumplió inmediatamente. Salió el joven Ucrós, después de haber dado las gracias al Libertador, lleno de contento, á ponerse en el acto una de las charreteras de su padre.

Otro recuerdo, siempre grato para Ucrós, era el del recibimiento que le hizo el General Juan José Nieto, en Mompós, cuando fue conducido allí Ucrós, después del combate del Banco, en Diciembre de 1860, donde cayó prisionero. Al reconocerlo, lo recibió el General Nieto con los brazos abiertos, y le dijo: “Chico, ¿á dónde quieres ir, á Cartagena, á Bogotá?, ¿te falta dinero?” Pidió Ucrós su pasaporte para Bogotá y se le expidió en el acto, dándole Nieto de su bolsillo los auxilios pecuniarios que necesitaba. Cuantas veces se mentaba el nombre de su amigo y benefactor, lo bendecía y se complacía en referir ese recibimiento generoso.

Ucrós no fue nunca exaltado banderizo; sirvió al Gobierno y al Partido Conservador como soldado de la patria y de la ley; ¿quién ignora su firmeza y valor, cuando el 13 de Junio de 1848 se negó á la demanda del General Mosquera, entonces Presidente constitucional de la República, quien á la cabeza de su guardia, se le presentó en el Cuartel del *Batallón 5.º*, de que era Jefe Ucrós, pidiéndole que sacara el cuerpo á la plaza, para ir á ejecutar un escandaloso atentado con varios escritores públicos, á quienes quería castigar? La contestación fue esta: “Venga la orden comunicada por la Secretaría de Guerra y por el Estado Mayor, sin lo cual no puede ser obedecida.” Reprimida la cólera del General, volvió en sí poco después, y dando á Ucrós un abrazo, le dijo: “¡Muy bien!, ha cumplido usted su deber y me ha salvado hasta del ridículo.”

Ucrós, á su turno, cuando comprendía que yo sufría alguna mortificación ó contrariedad, me hablaba de mis viajes, de los códigos, de aquello que él creía agradable á

su amigo. Muchas veces me consultó puntos importantes del Código Militar, cuando trabajaba el proyecto. Siempre fue adverso al castigo de la flagelación, en los cuarteles y fuera de ellos, contra disposiciones terminantes antiguas y modernas. En la legislación penal de todas las naciones civilizadas se puede ver igual prohibición y el severo castigo que se impone á los jefes y oficiales que aplican el palo ó los malos tratamientos, y lo aplican brutalmente á los soldados, como si fueran bestias ó esclavos de los tiempos bárbaros!

El General José de Dios Ucrós murió á las 6½ de la mañana del día 28 de Junio, día martes. El domingo 26 salió á la sala á recibir unas visitas; aunque se sentía malo, no fue sino el lunes 27 cuando comenzó á esputar sangre. Una violenta pulmonía, que de pronto le atacó en ambos pulmones, lo llevó al sepulcro en tan breve tiempo. Su apreciable familia quedó en el mayor desconsuelo y sus numerosos amigos muy contristados. No se le hicieron los honores militares debidos á su grado y á su calidad de militar de la Independencia.

AGUSTÍN NÚÑEZ

Cartagena, Septiembre 15 de 1887.

EL AMOR

A Eudoro Pinzón Sánchez

En vano te busqué con loco empeño
Y en pos de tu fulgor corrí anhelante:
Te vi más bello, cuanto más distante;
Cuanto más fugitivo, más risueño.

Acaso te alcancé, mas como un sueño
Te vi desvanecer en el instante:
Te soñé en todo corazón, gigante,
Y en todo corazón te hallé pequeño.

